

La cuestión latinoamericana

A questão latino-americana

The Latin American Issue

*Jaime Osorio**

Resumen

¿Por qué la cuestión latinoamericana puede constituir un problema relevante para la filosofía política y las ciencias sociales? Una primera respuesta señala el conflictivo lugar que ocupa América Latina dentro del discurso universal construido por la modernidad capitalista en términos económicos y políticos. En el seno de ese gran relato, la región y sus procesos aparecen como un exceso que cuestiona y niega aquella universalidad, lo que exige un pensamiento que dé cuenta de las razones de dicha negación. Para tal objetivo se analizan momentos de la historia política y económica regional y de las reflexiones teóricas formuladas sobre las tendencias al subdesarrollo y a la actualidad de la revolución.

Palabras clave: modernidad, revolución, dependencia, América Latina.

Resumo

Por que a questão latino-americana pode ser um problema relevante à filosofia política e às ciências sociais? Uma primeira resposta assinala o lugar conflitivo que ocupa a América Latina dentro do discurso universal constituído pela modernidade capitalista, em termos econômicos e políticos. No seio desse grande relato, a região e seus processos aparecem como um excesso que questiona e nega aquela universalidade, o que exige um pensamento que dê conta das razões de tal negação. Para este objetivo, analisam-se momentos da história política e econômica regional e das reflexões teóricas formuladas sobre as tendências ao subdesenvolvimento e à atualidade da revolução.

Palavras chave: modernidade, revolução, dependência, América Latina.

Abstract

Why does the Latin American issue is a relevant subject in political theory as well as in the field of social sciences? A first response points out Latin America's awkward position within a universal discourse shaped by capitalist modernity. Within this great discourse, the region and its processes are highlighted as excesses that question and deny such universality. In this sense, it is imperative to come up with a thoughtful strategy to lay out the reasons for such denial. Thus, this paper analyzes periods of the region's political and economic history and also looks into the contributions made by the studies on underdevelopment and revolution.

Keywords: modernity, revolution, dependency, Latin America.

* Doctor en sociología por El Colegio de México (COLMEX). Profesor/investigador del Departamento de Relaciones Sociales, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco (UAM-X). Docente y tutor en el Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). E-mail: <josorio@correo.xoc.uam.mx>.

I

¿Por qué la cuestión latinoamericana puede constituir un problema relevante para la filosofía política y las ciencias sociales? Más allá de la obviedad que inicialmente presenta la pregunta, una primera respuesta señala el complejo y conflictivo lugar que ocupa América Latina dentro del discurso universal construido por la modernidad capitalista. En el seno de ese gran relato la región y sus procesos aparecen como un exceso que cuestiona y niega aquella universalidad, lo que reclama el desarrollo de un pensamiento que dé cuenta de las razones de dicha negación.

II

Con sus múltiples promesas civilizatorias, de humanización abarcante, de desarrollo y prosperidad para los pueblos, de un orden estatal cimentado en libertades que reconciliarían intereses individuales y sociales, de igualdades políticas y sociales, la modernidad capitalista –en tiempos varios y en las voces de diversos autores y corrientes– conformó una narrativa de poderosa fuerza intelectual y política.

Desde su inclusión en la historia universal que construye el capital, la región que posteriormente será llamada América Latina emerge como la exclusión necesaria (por tanto incluida) que permite hacer viable aquella modernidad.

La abundancia en los centros imperiales, sus grandes revoluciones políticas, las poderosas transformaciones industriales, la ebullición productiva y el progreso, todo lo de humanidad y bienestar que allí se gestaba, tenía como contra cara el colonialismo, la expoliación, el saqueo de riquezas y el exterminio de pueblos originarios, el montaje de una organización colonial de sometimiento y despojo que reclamó, además, arrasar con numerosos pueblos de África, trasladados como esclavos a plantaciones y minas de la región, sometidos a condiciones inhumanas que provocaron miles de muertos.

No fue una simple metáfora la empleada por Marx cuando señaló que el capitalismo se hizo presente en la historia “chorreando sangre y lodo por todos los poros” (Marx, 1973:646). Si ello alcanzó forma en la nueva sociedad europea, allí donde cristalizaba la nueva organización, con un signo de inusitada barbarie se hará presente también en el mundo colonial y, con mayor razón, en América Latina y el Caribe, territorios que jugarán un papel medular en esa nueva historia.

III

Situados a mediados del siglo xx tenemos hitos relevantes, en donde las fracturas que atraviesan a la modernidad capitalista se hacen inocultables: dos guerras mundiales, severas crisis económicas, revoluciones proletarias, el holocausto, explosiones atómicas

sobre territorio japonés, entre otros. Para el discurso dominante estos excesos serán explicados bajo formas diversas, desde el exterior a la lógica del capital.¹

En el cénit de dicho siglo América Latina² presenta una historia de revoluciones y sublevaciones populares nada despreciables. A ellas se suma una nueva irrupción de los que no cuentan en la institucionalidad establecida, la Revolución Cubana, que en el cuadro de un mundo dividido por la Guerra Fría y a pocas millas del centro imperialista del sistema, provocará conmociones y readecuaciones no sólo en el tablero central, sino también en toda la región.

Este verdadero “asalto de lo real” pondrá de manifiesto un núcleo obscuro: una región atravesada desde temprano por corrientes sistémicas y regionales en permanente ebullición rupturista, las que proseguirán su curso bajo formas y grados diversos en la historia regional posterior.

También la historia regional, a casi un siglo y medio de la constitución de naciones formalmente independientes, presenta serias dificultades para generar procesos que le permitan conjugar crecimiento y bienestar (Fajnzylber, 1989). Por el contrario, pobreza, atraso e inequidad serán vocablos corrientes para dar cuenta de la situación imperante para el grueso de la población.

Ambos procesos, el político y el económico recién esbozados, remiten a un mismo interrogante cargado de sentido: ¿qué hay de particular en América Latina que hace que los procesos de crecimiento no se expresen de manera simultánea en una elevación del bienestar de la mayoría de la población y que alientan tendencias a la ruptura y a la revolución? Las discusiones sobre el modo de ser de América Latina marcarán la segunda mitad del siglo xx regional, así como los proyectos y prácticas que se pondrán en marcha como respuesta.

IV

Junto a su singular significación, la Revolución Cubana –desde un amplio arco histórico– actualizó la particularidad de América Latina como zona de condensación de contradicciones sistémicas que cuestionan y fracturan el orden imperante. Se entronca en este sentido a lo menos con dos revoluciones previas, igualmente

¹ Holocaustos propiciados por psicópatas; guerras mundiales desatadas de manera azarosa y marcadas por ambiciones individuales o de grupos; crisis económicas producidas por el desenfreno de unos cuantos; revoluciones azuzadas por violentistas y déspotas “orientales” (como se caracterizaba a Lenin).

² En este trabajo en todos los casos la referencia a América Latina incluye al Caribe.

sorprendentes: la de Saint-Domingue (el actual Haití) de 1791-1805, primera, en esta parte del mundo, encabezada por esclavos, y que culmina con la independencia y con el fin del esclavismo; la Revolución Mexicana de 1910-1915,³ que abrió el ciclo revolucionario mundial en el siglo xx, el siglo corto al decir de Hobsbawm, que culmina con la derrota del llamado socialismo en 1989.

Si la revolución de los esclavos en Haití puso de manifiesto los procesos de negación que sostenían y hacían posible las consignas universales sobre libertad, igualdad y fraternidad de la Revolución Francesa,⁴ la revolución campesina en México antecede a la primera revolución obrero-campesina triunfante, la de los *soviets*, la de los bolcheviques y Lenin, y señala una tendencia en el devenir de aquellos procesos: será en la periferia capitalista en donde aquellas revoluciones tenderán a implosionar.

Las colonias antillanas, en general, contribuyeron hacia sus respectivos imperios con grandes flujos de mercancías, como azúcar, café y tabaco. Haití fue la colonia más rica de todas, con plantaciones organizadas bajo estrictas exigencias de racionalización capitalista (Grüner, 2007:84). Van a ser justamente los esclavos de las grandes plantaciones del norte de la isla (los más sometidos a aquella racionalidad) los actores principales de la inesperada revolución negra (Feijoo, 2010).

Frente al fracturado universalismo “todos somos iguales” anunciado por la Revolución Francesa, desde un centro que asumía sin embargo los beneficios de la explotación de los esclavos en sus colonias, la Constitución haitiana de 1805 proclamará “todos los ciudadanos haitianos son negros”, más allá del color de su piel, como agudo contraste a los muchos que no contaban en el “todos” de aquella proclama de la Revolución Francesa (Grüner, 2007:83). Por ello, como lo enfatiza Žižek,

no se trata de estudiar la Revolución haitiana como una extensión del espíritu revolucionario europeo (...) sino, más bien, de afirmar la *importancia de la Revolución haitiana para Europa* (cursivas del texto original). No se trata solamente de que no se puede entender Haití sin Europa; *tampoco se puede entender el alcance y las limitaciones del proceso emancipatorio europeo sin Haití* (2011:140, las cursivas son nuestras).

³ Si bien algunos autores señalan que “en el trazado específico de la curva de la revolución (...) la ubicación de su punto más alto (es) en diciembre de 1914” (Gilly, 2007:11), otros indican que “en junio (de 1915) la capital de la República vivió jornadas insólitas. La defensa de México en la línea de fuego y la insurgencia urbana en las calles produjeron una situación revolucionaria especial” (Pineda Gómez, 2013:321).

⁴ Como bien lo señala Louis Sala-Molins, “los filósofos de la Ilustración europea clamaron contra la esclavitud, *excepto donde literalmente existía*” (Citado por Žižek, 2011:129).

Sin que se produjese un cambio radical en las relaciones de poder entre dominantes y dominados, la Revolución Mexicana propició un profundo cambio en el régimen político imperante. Los “inexistentes” para el poder oligárquico,⁵ –campesinos, mineros, asalariados agrícolas, trabajadores urbanos, pobres en general– irrumpieron en el orden reinante y establecieron un lugar. Su adscripción corporativa y subordinada al mando bajo pactos de lealtad, que sigue los fundamentos políticos vigentes en el Virreinato novohispano y no los cánones de la ciudadanía y las reglas de la democracia representativa del Estado de derecho liberal (González Callejas, 2011), no nos puede hacer perder de vista la ruptura de relaciones oligárquicas, así como los logros alcanzados en el reconocimiento de comunidades, restituciones de territorios y derechos a la tierra, y de múltiples derechos sociales a extensos sectores de la población, en medio de nuevas reconfiguraciones del poder y del dominio.

El peso del campesinado indígena y de los trabajadores agrícolas de las haciendas en las movilizaciones y en la constitución de los ejércitos rebeldes fue la respuesta al creciente proceso de expropiación de tierras de comunidades y pueblos por parte de los terratenientes, así como a las miserables condiciones de existencia en que se condenaba a aquellos trabajadores, al igual que a los que laboraban en minas, ferrocarriles y otros servicios, en aras de elevar beneficios bajo el primer patrón exportador. Fue el desenfreno inherente a la ganancia capitalista lo que azuzó las revoluciones en México y en Haití.

Destacar que fue la ganancia la que otorga sentido a las formas capitalistas y precapitalistas operantes en las grandes haciendas mexicanas en el periodo del Porfiriato, así como al despojo de tierras, y que fue la lógica capitalista la que organiza la explotación de esclavos en las plantaciones en Haití, permite entender que más allá de sus componentes sociales mayoritarios –esclavos en un caso, campesinos en el otro– y sus direcciones, ambas revoluciones fueron una respuesta a las operaciones del capital, encarnado en esclavistas-exportadores y en propietarios de minas y hacendados-terratenientes, también exportadores, todos ellos atrapados por la lógica de la ganancia.⁶

⁵ En los términos que señala Alain Badiou: “En el análisis que Marx propone de las sociedades burguesas o capitalistas, el proletariado es propiamente el inexistente propio de las multiplicidades políticas. Es ‘aquello que no existe’. Eso no quiere decir de ningún modo que no tiene ser. (...) El ser social y económico del proletariado no es dudoso. Lo que es dudoso, lo fue siempre y lo es hoy más que nunca, es su *existencia* política” (2010:67-68).

⁶ “Al llegar 1905 (...) México se había modernizado en la economía, en la administración estatal, en la cultura, y una clase dominante de terratenientes e industriales se había consolidado en el poder (...). Este *progreso capitalista* estaba apoyado en el sostenido crecimiento de la productividad del trabajo y en consecuencia del producto *excedente* y de la *acumulación de capital*, sobre todo a partir del decenio de 1880” (Gilly, 2007:62-63, las cursivas son nuestras). La segunda edición en

Siendo revoluciones alimentadas por el capital,⁷ no son sin embargo revoluciones anticapitalistas. Ambas hacen del reclamo por el reparto de la tierra y el establecimiento de pequeñas propiedades agrícolas un objetivo central. Ello no minimiza el acontecimiento impensable que ambas configuran en la historia.⁸

Un siglo separa a una y otra revolución en Haití y en México; medio siglo a esta última de la Revolución Cubana. Medio siglo de madurez global del capitalismo mundial y de madurez del capitalismo regional y cubano en particular. A la conmoción que produce la revolución del Movimiento 26 de julio en la isla más grande del Caribe, le sigue otra no menos relevante, tras su proclamación como revolución socialista en 1961. Un proyecto que se reclama anticapitalista termina de tomar forma y de constituirse en poder en la región.

Alimentadas por el fervor y la ebullición desatada por la gesta cubana, en América Latina se multiplican las organizaciones políticas que en la década de los sesenta se reclaman revolucionarias y que se lanzan a reeditar o a recrear las hazañas de Fidel y del Che, con el asalto al Cuartel Moncada, el *Granma*, Sierra Maestra, y el ingreso de los insurgentes a La Habana tras derrotar a las tropas de Batista en importantes enfrentamientos militares.

Más allá del voluntarismo y el utopismo reinante en muchos de estos procesos, su multiplicación y expansión cuenta con situaciones políticas y económicas imperantes que los favorecen. Las condiciones de existencia del grueso de la población prosiguen en grados alarmantes, en tanto se multiplican gobiernos autoritarios y la riqueza se sigue concentrando en pocas manos. De allí que desde Washington se reclamen reformas a los gobiernos de la zona, como el reparto de tierras y mayor industrialización, amén de la creación y preparación de cuerpos militares contrainsurgentes, a fin de contener el polvorín imperante.

2007 de este libro incorpora un nuevo capítulo denominado "El desarrollo capitalista", de donde procede la cita anterior. Cabe agregar que los ingenios azucareros de Morelos, principal centro geográfico de la revolución de 1910-1915, operaban bajo la férrea lógica de la explotación capitalista, subsumiendo en su torbellino a las diversas relaciones sociales presentes a su alrededor.

⁷ Lo que no implica negar la presencia de otros elementos, como la discriminación étnica o racial, o los agravios morales, en el desarrollo y ebullición de esas revoluciones. Todo proceso social es complejo, lo que no nos exime, sin embargo, de la necesidad de jerarquizar y destacar los elementos que organizan y articulan lo complejo.

⁸ "Acontecimientos como éstos representan la universalidad como categoría política. En ellos, como señala Back-Morss, 'la humanidad universal es visible en los límites'" (Žižek, 2011:130). El campo de referencia de la afirmación anterior es la Revolución Haitiana, pero se puede extender a la Revolución Mexicana sin violentar su sentido profundo.

V

Será una experiencia en las antípodas de la experiencia cubana la que pondrá de manifiesto nuevamente la pulsión rupturista presente en la región en este periodo. Tras unas disputadas elecciones presidenciales en 1970, con una división de los partidos que representan a los sectores dominantes y apoyado por una alianza en la que predominan los partidos Comunista y Socialista, ambos declarados marxistas, el candidato de izquierda Salvador Allende triunfa en aquellas elecciones, luego de cuatro derrotas previas, y con 33 por ciento de los votos es proclamado Presidente de la República de Chile, abriendo las puertas a un proceso revolucionario que convulsiona a la sociedad, y que como proceso excepcional, sorprende a propios y extraños.

La incrustación en el aparato de Estado de un gobierno-enclave-popular y el intento de transformar la sociedad sin romper con la institucionalidad vigente, fórmula calificada como “la vía chilena al socialismo”, constituyen algunos de los nudos gordianos de aquella experiencia, inédita en la historia.

Decenas de importantes fábricas pasan a manos estatales y quedan bajo gestión de sus trabajadores; los grandes yacimientos de cobre así como “el salario de Chile” antes en manos de importantes firmas estadounidenses son nacionalizados; en tanto en fábricas, “fundos”, escuelas y poblaciones, los obreros, campesinos, trabajadores urbanos, estudiantes y pobladores discuten y dan pasos para asumir mayores responsabilidades en el curso de la vida productiva y política del país. En pocos meses el país se convierte en una sociedad movilizada, en constante organización y reorganización, y en creciente politización. También en una sociedad cada vez más polarizada en términos políticos.

Por la vía de triunfos en diversas elecciones parlamentarias Allende y sus aliados ganan fuerza en el seno del Congreso, ello permite abrir caminos institucionales a las transformaciones económicas, como la nacionalización del cobre, las empresas estatizadas, el reparto de tierras. En tanto las fuerzas políticas del capital se atrincheran en las instituciones del aparato estatal aún bajo sus manos, como el Poder Judicial y en reductos del Poder Legislativo, entrabando los cambios dentro del Estado de derecho, mientras que los sectores empresariales desquician la economía, generando desabasto y mercado negro. Movilizan a su vez a sectores sociales que ganan posiciones en las calles y en manifestaciones como los “cacerolazos” y organizan fuerzas paramilitares, al tiempo que inician medidas al interior de las Fuerzas Armadas y Carabineros para quebrantar el orden institucional, ante el temor de que los sectores populares sigan ganando fuerza en un cuadro en que tensionan pero respetan la ley.

Tras algunos intentos golpistas fallidos, finalmente “la vía chilena al socialismo” es violentamente clausurada en septiembre de 1973, tras un golpe militar que cuenta

con el grueso del Alto Mando militar de las Fuerzas Armadas y Carabineros, dando inicio a un largo y sangriento proceso contrarrevolucionario. El golpe militar puso de manifiesto la enorme flexibilidad táctica de los agrupamientos dominantes a fin de preservar el poder. Si el respeto a la ley y su institucionalidad no eran instrumentos suficientes para enfrentar la ofensiva popular, el problema debía resolverse en el plano de la violencia concentrada, violando los propios aparatos armados del Estado, la ley y la Constitución. El bombardeo de la casa de gobierno, La Moneda, por aviones de guerra de la Fuerza Aérea, y la muerte del Presidente en dicho edificio, rodeado de tropas golpistas, defendiendo la Constitución, son una viva imagen de los nudos que marcaron aquel proceso.

VI

Luego de sucesivos golpes militares en la parte sur del continente, la oleada insurgente que recorre a la región llega a Centroamérica, alcanzando forma en el triunfo de la Revolución Sandinista en 1979 y en agudos enfrentamientos en niveles de guerra civil en El Salvador y Guatemala en los años ochenta, procesos que culminarán en derrotas electorales y/o militares, acompañados de serios procesos de descomposición política.

Con esto se cerraba el ciclo abierto con la Revolución Cubana y tomaba plena forma el periodo contrarrevolucionario abierto en 1964 con el golpe militar en Brasil y que cubrió de dictaduras militares en los setenta a la casi totalidad de los países del Cono Sur latinoamericano, alcanzando en los ochenta a gran parte de Centroamérica.

Las nuevas dictaduras no sólo fueron una respuesta puramente reactiva ante las ofensivas populares. Fueron también, en su mayoría, la punta de lanza y las portadoras de nuevos proyectos de reorganización económica y política en la región, o las que despejaron el camino para que gobiernos civiles emprendieran la tarea. Una nueva inserción al mercado mundial, bajo la forma de un patrón exportador, el de especialización productiva, bajo la impronta de políticas económicas neoliberales, comenzó a tomar forma en los años setenta y ochenta en la región. El denominador común de este profundo proceso de reestructuración productiva será una agresiva política contra el mundo del trabajo, el derrumbe de salarios y de prestaciones sociales, el fortalecimiento de una franja monopólica del capital local y una más estrecha asociación con el capital extranjero, proceso alentado por la subasta y liquidación de importantes empresas estatales a favor del capital privado, y el estrechamiento de lazos comerciales y aperturas hacia el mercado mundial.

La elevación de la capacidad de competencia en los mercados exteriores irá estrechamente ligada al deterioro de las condiciones de vida de los asalariados y al

incremento de la explotación redoblada.⁹ La conformación de una economía que da las espaldas al grueso de la población trabajadora volverá a tomar forma, tras el breve paréntesis industrializador en la región y la limitada incorporación de población trabajadora al mercado interno.

VII

Establecidas las bases de la nueva organización económica y el correspondiente disciplinamiento de la población trabajadora, y sorteadas las etapas más agudas de la crisis en el mundo central, la caducidad de los regímenes militares y civiles autoritarios se instaló en la agenda regional, alentada por los *thinks tanks* estadounidenses (Huntington, 2000) bajo el tema de la transición a la democracia. Se trataba de otorgar nuevas bases de legitimidad al mando político bajo una modalidad plenamente compatible con el neoliberalismo imperante. Fin a Estados “obesos”, cargados de empresas públicas, otorgantes de prestaciones sociales y sostenedores de amplias alianzas de clases, que serán reemplazados por Estados “eficientes”, concentrados en velar por los intereses del gran capital local y transnacional operante en la zona.

La figura del ciudadano hace su entrada, el que percibirá las justas remuneraciones a su esfuerzo y capacidades desde el mercado, lo que ponía fin al súbdito en espera de dádivas y prestaciones estatales, en tanto las autoridades serán elegidas por el voto de adultos políticos, que tienen ahora la vida pública en sus manos, dejando atrás la presencia de masas manipuladas por caudillos y líderes tropicales.

A poco más de dos décadas de iniciada la transición a la democracia en la región, y proseguida en la agenda teórica bajo los términos de “consolidación democrática”, los resultados han quedado lejos de las expectativas planteadas por los sectores dominantes y los sectores populares. Para los primeros la democracia, salvo casos excepcionales, ha provocado serias decepciones por la emergencia de dirigentes de masas elegidos en consultas electorales, como Hugo Chávez o Evo Morales; también por el incremento del desorden y, en algunos casos, del caos social, como en México o Guatemala, e incluso la emergencia de movimientos sociales en sociedades hasta hace poco ordenadas, como ocurre en Chile en 2011, con miles de estudiantes secundarios y universitarios desquiciando la paz social.

Sin embargo, en el balance global, para estos sectores han sido más los pros que los contras. La gran transformación capitalista regional realizada en el marco de la mundialización ha convertido a la región en una de las más dinámicas y con un peso

⁹ Por ello no tiene nada de sorprendente que crezca la capacidad exportadora de la región desde las últimas décadas del siglo XX y, al mismo tiempo, se derrumben los salarios.

creciente en la política global. Brasil, Argentina y México forman parte del G-20, y el peso de sus productos de exportación y también sus compras e inversiones, particularmente en el primer caso, constituyen factores dinamizadores de la economía mundial y regional.

Para los sectores populares dicha transición –con las salvedades de Bolivia, Venezuela y Ecuador– ha significado la imposibilidad de modificar los lineamientos neoliberales imperantes y el deterioro de sus condiciones de vida, a pesar de asistir a las urnas y elegir candidatos que les ofrecen modificar el estado de cosas, pero frente a los cuales no tienen mecanismos para exigir cuentas de su gestión, ni menos revocación de mandato. También fraudes electorales, precariedad laboral y falta de empleos y, en algunos casos, más militares en carreteras y calles e incremento de la inseguridad. De diversas maneras y en diferentes sectores crece la convicción de que esta forma de democracia es poco lo que efectivamente ofrece como mecanismo que permita ensanchar la capacidad de los muchos de decidir sobre el curso de la vida en común. Este rasgo central de la política ha sido expropiado por unos pocos, quedando a disposición de los “ciudadanos” una sobrepolitización de procedimientos y fórmulas sin capacidad de incidir en la suerte de aquella vida en común.¹⁰

Desde muy distintas posiciones la democracia imperante ha ido perdiendo el entusiasmo que en algunos momentos iniciales despertó en la región. Por ello los “tanques pensantes” de muy variados colores políticos se abocan a la tarea de apuntalarla, siendo la discusión sobre la “calidad” de la misma un denominador común. En estos laberintos también se ha perdido el pensamiento crítico, el cual ha quedado atrapado por la propuesta de democratización imperante, la liberal, sin poner en discusión sus fundamentos y limitaciones.

VIII

Lo que debe sorprender es que –a pesar de la violenta y masiva política contra-insurgente puesta en marcha en la región por gobiernos militares y civiles– la ortodoxa aplicación de políticas neoliberales –que constituyen la continuación política de las primeras en tanto ruptura de tejido social, amedrentamiento laboral y preconización del individualismo, y de un estridente discurso sobre la democratización y la multiplicación de consultas electorales– ha dejado en América Latina un cuadro político en donde se han reconstituido movimientos sociales. Allí en donde fueron destruidos, emergieron otros, se mantiene la capacidad no sólo de resistir sino de impulsar proyectos, se crean nuevos partidos populares que llegan a conformar gobiernos, y

¹⁰ “Žižek cita con aprobación al director de cine mexicano Alfonso Cuarón: ‘La tiranía hoy imperante adopta nuevos disfraces; la tiranía del siglo XXI se llama democracia’” (Ávalos, 2009:12).

se repite en diversos rincones, pueblos y ciudades de la región el surgimiento de respuestas colectivas a los proyectos de los sectores dominantes e incluso de los llamados gobiernos populares.

Desde los años noventa, el viejo topo de la historia vuelve a emerger en la región bajo diversas formas organizativas y en tiempos también diversos. Mineros, campesinos, indígenas, estudiantes, trabajadores y pobres urbanos, subempleados y desempleados son los sujetos principales de esta nueva etapa, los que hacen uso de variadas formas de lucha y confrontan al poder en grados diversos.

Las cristalizaciones más relevantes de este diversificado proceso se alcanza en la conformación y accionar del EZLN en México en sus primeros años y en la irrupción de un significativo movimiento indígena; en el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil; en la masiva sublevación popular que derrumba al gobierno de Fernando de la Rúa en Argentina; en las movilizaciones indígenas en Bolivia y Ecuador en defensa del agua, tierras y que derriban a diversos gobiernos neoliberales; en la resistencia popular en Venezuela y Honduras frente a golpes contrainsurgentes; en la llamada "comuna" de Oaxaca, en México; en la asunción de gobiernos populares en Bolivia y Venezuela y en las masivas y perdurables movilizaciones de estudiantes en Chile por educación gratuita y de calidad.

IX

El triunfo de la Revolución Cubana puso en la mesa de debates una serie de antiguos y nuevos problemas.¹¹ Entre ellos, el de las rupturas revolucionarias en Estados nacionales, inscritos en un sistema capitalista con proyección planetaria. ¿Cómo era posible tal situación? ¿Cómo explicar que dichas revoluciones se produjesen en la periferia del sistema? ¿Podría sobrevivir la revolución limitada a las fronteras de Estados nacionales? ¿Era posible, en esas fronteras, construir socialismo?

Frente al primer problema señalado cabe indicar que el capital sufre una contradicción constitutiva: reclama un espacio planetario como territorio de operaciones, pero su reproducción debe contar con asiento en Estados-nacionales. Este espacio-nacional constituye una de las bases de la competencia entre capitales que caracteriza al capitalismo. Esta contradicción se encuentra en la base de las discusiones sobre las posibilidades de sobrevivencia de las revoluciones y de la construcción de socialismo.

¹¹ Como las formas de la organización revolucionaria: ¿guerrilla o partido?; las vías de la revolución: ¿armada o institucional?, entre otros temas relevantes. El señalamiento dicotómico es para subrayar los términos que –equivocadamente– asumieron los debates.

La experiencia histórica parece confirmar que las fronteras nacionales son demasiado estrechas, no sólo para la sobrevivencia de la revolución, sino, además, para construir socialismo. Lenin se ocupó de ofrecer respuestas a los problemas de la actualidad de la revolución proletaria y por qué éstas tendrían su asiento privilegiado en la periferia del sistema capitalista y no en su centro, como se desprendía de los escritos clásicos del marxismo. La preocupación leninista en tal sentido tenía en primer lugar un objetivo teórico y político específico: otorgar sentido a la idea de la revolución en la periférica Rusia zarista.

Los escritos que fundamentaban la actualidad de la revolución se multiplicaron en la pluma del dirigente bolchevique. En Lenin dicha actualidad en zonas periféricas encuentra sustentos en el ingreso del capitalismo a su fase imperialista en las últimas décadas del siglo XIX, en la agresiva disputa del mundo que ello propicia entre capitales nacionales diversos y sus encarnaciones en Estados, en la mayor y más estrecha articulación del mundo bajo la lógica del capital, con predominio del capital financiero, en la explotación de las regiones periféricas, y en la agudización de las dimensiones de barbarie, particularmente en estas regiones, las que prevalecerán por sobre las dimensiones civilizatorias.

La cadena imperialista, indicará Lenin, tenderá a romperse en sus eslabones débiles, y ellos se encuentran en la periferia del sistema. Es allí en donde se condensan y saturan las contradicciones del sistema, imbricadas y fundidas con las contradicciones locales del capital. Esa era la situación de Rusia a comienzos del siglo XX, y de los espacios territoriales en el sistema en donde la revolución proseguirá en ese siglo.¹²

Frente al atraso en el desarrollo de tareas democrático-burguesas no realizadas en la periferia, para Lenin la revolución democrática es un asunto de la revolución socialista bajo dirección proletaria. La propuesta de Lenin tenía como trasfondo un supuesto nada despreciable para la exposición que proseguirá en este ensayo: en el mundo periférico la burguesía no está en condiciones de llevar acabo aquellas tareas, no por falta de madurez sino porque la dinámica de reproducción del capital que desarrolla y su subordinación al capital imperialista se lo impiden.¹³

La Revolución Cubana fue una puesta al día de las viejas tesis leninistas, al poner de manifiesto la actualidad de la revolución en la etapa imperialista; la condición de eslabón débil de la periferia; la necesidad de incorporar las reformas democrático-

¹² No es un asunto menor que las revoluciones anticapitalistas se hayan producido en el mundo periférico: Rusia, China, Cuba, Vietnam. La discusión sobre el curso de estas revoluciones rebasa con mucho los objetivos y los límites de este escrito.

¹³ Una breve exposición de este planteamiento leninista puede verse en el Prólogo, de Ruy Mauro Marini, al libro de Vânia Bambirra (1974:9-16).

burguesas como parte de la revolución socialista; además de los problemas de sobrevivencia de la revolución reducida a Estados nacionales, y de la construcción socialista en tales ámbitos.

La propuesta leninista no ofrecerá respuesta, sin embargo, sobre la particular forma en que se reproduce el capital en las regiones periféricas y los procesos que hacen posible que sus contradicciones se constituyan en síntesis condensada de las del sistema capitalista.

X

La discusión de las razones que hicieron posible la Revolución Cubana llevó en la región, sin muchas mediaciones, a viejas preguntas sobre el carácter de la formación económico-social latinoamericana y sobre su dinámica. Fuerzas políticas de izquierda, intelectuales orgánicos y académicos progresistas habían sido algunos de los principales implicados en la discusión del tema, que se reactualiza con el proceso cubano. ¿Qué particularidades tenía esta formación social que alentaba revoluciones no sólo en la parte continental sino también en las islas del Caribe? Y no sólo cualquier revolución, sino una que se declaraba socialista, lo que exigía a etapistas y evolucionistas sociales adelantar el reloj, o bien a cambiarlo, para ponderar los tiempos de la revolución.

Desde antes de la Revolución Cubana la discusión sobre el carácter de América Latina tendió a polarizarse en torno a dos propuestas. La primera, sustentada particularmente por teóricos de los partidos comunistas, sostenía que –aun bien avanzado el siglo xx– en América Latina prevalecía una organización feudal o bien precapitalista, centrando su reflexión en las relaciones sociales imperantes en haciendas y en otras unidades productivas agrarias. Para esta posición eran las relaciones sociales las que definían el carácter de la formación social.

Aquella postura encontró primeras respuestas de la mano de intelectuales de orientación trotskista, como los historiadores argentinos Luis Vitale y el chileno Marcelo Segal, que cuestionaron el carácter feudal o precapitalista de la región a partir de su relación colonial orientada a la ganancia capitalista. En esta misma postura se ubicaban otros importantes historiadores, como Sergio Bagú quien señaló que “las colonias hispano-lusas de América no surgieron a la vida para repetir el ciclo feudal, sino para integrarse al nuevo ciclo capitalista que se inauguraba en el mundo” (1992:90). Para Bagú “la dominación de América es el episodio más importante en la construcción del sistema mundial del capitalismo. Resultó, en efecto, el agente más dinámico de la acumulación de capital desde comienzos del siglo XVI, el *sine qua non* de la gestación histórica del sistema capitalista mundial” (*Ibid.*:271-272).

Siendo impecable el razonamiento anterior, adolece de una seria deficiencia: el papel *colonial* de América Latina en la gestación del sistema mundial capitalista, lo cual no implicaba la emergencia de la reproducción de capital local, sino una simple prolongación y derivación del proceso impuesto desde el imperio colonizador, por lo que era impropio derivar de allí que América Latina *era* capitalista desde el siglo XVI. Luego de la independencia y tras la constitución de un proceso local de reproducción de capital, –en el cuadro de la integración de la región al mercado mundial capitalista– y en el cual serán integradas relaciones esclavistas y precapitalistas varias, se podrá hablar de una región propiamente capitalista.

Para las corrientes ortodoxas, como para sus impugnadores, lo que se encontraba en juego en esas disputas era el carácter de la revolución en la región: si ésta era pre-capitalista o feudal, la futura revolución debía ser burguesa, y sólo agotada esta etapa se podría plantear el tema de la revolución proletaria. Definir a la región como capitalista implicaba, por el contrario, convocar a la revolución proletaria.

XI

Aunque alimentada por razones distintas, las viejas preguntas sobre el carácter de América Latina entroncaron con las que se formulan otras instituciones y sujetos, las que terminarán cuestionando –en algunas de sus visiones más progresistas– la universalidad del desarrollo como meta de las economías, en tanto realizan las tareas apropiadas y cubren etapas en ascenso, como llegó a postularse (Rostow, 1961), poniendo de manifiesto, por el contrario, que el subdesarrollo era la otra cara, necesaria, del desarrollo, y que *uno y otro sólo se explicaban en su mutua relación*.

Debe destacarse que la formulación de estas ideas no fue tarea fácil, en su momento, debido al peso, en la academia, de teorías regidas por los supuestos del individualismo metodológico (en este caso las naciones reemplazan a los individuos) y para las cuales no existen relaciones, en el sentido duro del término, sólo intercambios de mercancías en el mercado, y menos que sean en el seno de esas relaciones donde se defina quiénes se desarrollan y quiénes se subdesarrollan.

Fue la constitución del tema del desarrollo un problema de la comunidad internacional –impulsado en particular por Estados Unidos, cabeza del sistema mundial capitalista luego del fin de la Segunda Guerra– lo que permitió que el 11 de agosto de 1947 el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas estableciera una Comisión Especial para examinar la creación de una Comisión Económica para América Latina (CEPAL), a fin de proponer soluciones al “atraso” de la región, la que finalmente se constituyó e inició sus actividades en Santiago de Chile en junio de 1948 (Hodara,

1987:23-28), con posterioridad a Comisiones similares conformadas para otras regiones “subdesarrolladas”.¹⁴

En 1949 Raúl Prebisch fue contratado como consultor, y en ese mismo año asumió la dirección intelectual del organismo y al año siguiente el cargo de Secretario Ejecutivo (*Ibid.*:29). Sin limitarse a la formulación de un recetario de tareas pendientes, tan caro al quehacer de los organismos internacionales, la CEPAL de aquellos años, bajo la dirección de Prebisch, se rodeó de un importante equipo de economistas y sociólogos, entre los que destacan Aníbal Pinto y Celso Furtado. Más tarde se suman, desde el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), organismo dependiente de la CEPAL, Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto y Osvaldo Sunkel, quienes se dedican a realizar estudios sobre el atraso de la región, formulando sugerentes propuestas que abrieron una nueva forma de mirar el problema.

Entre las propuestas más destacadas, que maduran en tiempos diversos en aquella etapa, se encuentra la de una economía internacional conformada por centros y periferias, en donde los primeros generan la capacidad de apropiarse de valores producidos por las segundas, lo que dinamiza el desarrollo de unos y el subdesarrollo de otros. También el señalamiento que un mecanismo clave para que se realice aquella apropiación, entre economías formalmente independientes y por tanto no sujetas a una relación colonial, es el deterioro en los términos de intercambio: los precios de los bienes exportados por la periferia –particularmente materias primas y alimentos– tienden a descender relativamente en el mediano y largo plazo, más allá de bonanzas temporales, frente a la elevación relativa, en iguales plazos, de los precios de los bienes exportados por el centro, principalmente bienes industriales, proceso provocado, en general, por la condición monopólica de su producción, lo que permite fijar precios por arriba de su valor.¹⁵

A fin de impedir esas transferencias en el comercio internacional y con ello hacer

¹⁴ Hablar de desarrollados y subdesarrollados no es un asunto menor. Son términos que “cambian radicalmente la visión del mundo. Hasta entonces las relaciones Norte/Sur estaban fundamentalmente organizadas de acuerdo con la oposición colonizadores/colonizados. (...) La nueva dicotomía desarrollados/subdesarrollados propone una relación diferente (...) un mundo en el que todos (los Estados) son iguales en derecho, aunque no lo sean (todavía) de hecho. El colonizado y el colonizador pertenecen a dos universos no sólo distintos, sino incluso opuestos. (...) Mientras que *el subdesarrollado y el desarrollado son de la misma familia*” (Rist, 2002:98-99).

¹⁵ Cabe señalar que la mayor productividad presente en el mundo central debería llevar a la baja los precios de sus bienes. Pero el estudio empírico llevado a cabo por Prebisch para el caso argentino, cuando era funcionario del Banco Central de aquel país, mostró que ocurría exactamente lo contrario. El tema se discutirá con posterioridad desde la noción de “intercambio desigual”, con una gran afluencia de voces.

frente al atraso, la CEPAL propondrá impulsar la industrialización en la región, como fórmula que permitiría “retener los frutos del progreso técnico”.

XII

Más allá de la relevancia de sus aportes, como los ya señalados, la interpretación de la CEPAL sobre América Latina adolecía de serias limitaciones. La más importante refiere a la no problematización de los procesos internos de las sociedades latinoamericanas, dando por sentado que los problemas del subdesarrollo se ubicaban *prioritariamente en el plano externo* y en particular en las inequitativas relaciones comerciales. Por ello se asumía que con la industrialización el problema del atraso tendería a ser resuelto, ya que se resolvería de raíz lo que lo originaba: la dependencia de bienes primarios en las exportaciones, cuyos precios internacionales se abaratan relativamente, y de la importación de bienes industriales que se encarecen.

Por ello no es casual que la CEPAL no desarrollara categorías que permitieran analizar las estructuras de las sociedades y economías regionales.¹⁶ Y tampoco lo es que en ese vacío teórico las burguesías latinoamericanas no encontraran formulaciones que las cuestionaran políticamente. Por el contrario, a pesar de su radicalidad frente a las teorías del comercio internacional, la propuesta central de la CEPAL para resolver los problemas de la región, la industrialización, apuntaba a fortalecer justamente el proyecto económico y político que enarbolaba dicha burguesía industrial en ascenso.

Muy temprano, una vez puesto en marcha el proceso de industrialización, se hizo patente que tanto el diagnóstico como el remedio formulado por Prebisch y la CEPAL estaban equivocados. El nuevo proceso no sólo no resolvió los viejos problemas de dependencia y subdesarrollo, sino que los proyectó a nuevas dimensiones. Por ejemplo, ante las dificultades de producir bienes intermedios y particularmente bienes de capital, equipos y nuevos conocimientos tecnológicos en la región, éstos terminan siendo adquiridos en los países centrales o en las filiales de las grandes empresas extranjeras productoras de bienes industriales que se instalan en la región, lo que implicó elevar la subordinación de la región a los centros imperialistas a nuevos peldaños.

En el campo social las cosas no resultaron mejor. La pobreza terminó instalándose en forma masiva en las zonas urbanas, emergiendo grandes cordones de miseria en torno a las grandes ciudades, propiciados por masivas migraciones desde el campo, atraídas por los puestos de trabajo que el crecimiento de la industria iría creando. En

¹⁶ Aníbal Pinto, de manera excepcional a lo aquí señalado, desarrolló la noción de “heterogeneidad estructural” –más descriptiva que explicativa– para dar cuenta de diferencias de productividad entre sectores en las economías regionales. Véase el generoso cuadro que hace de éste Valenzuela Feijóo (1991).

realidad, esto sucede ante la temprana monopolización que presenta el sector industrial en la región, y por la adquisición de equipos que en condiciones de dependencia terminan ahorrando trabajadores, pero no trabajo.¹⁷ El empleo industrial creció por debajo de la oferta de mano de obra disponible, generándose así nuevos problemas sociales y políticos con una creciente población urbana desempleada y subempleada, la cual demandará servicios básicos y también incorporarse a los bienes ofertados en las ciudades.

Los fracasos de la industrialización con relación a los problemas del desarrollo y del bienestar, junto a la presencia de la revolución en Cuba, darán fuerza a las preocupaciones que desde un nuevo marxismo emergían en la zona y que inicia sus reflexiones poniendo en el centro el tema del carácter del capitalismo latinoamericano.

XIII

Dar cuenta de las características de la reproducción del capital en el plano local, en el marco de las relaciones con la economía mundial, constituirá una de las tareas centrales del nuevo marxismo latinoamericano que se conforma luego del proceso revolucionario en Cuba. Se trataba de explicar las razones por las cuales era “el desarrollo del subdesarrollo”¹⁸ el resultado final de los proyectos y políticas que se aplicaban en la región, incluida la propia industrialización, como hemos señalado, y que buscaban superar justamente el atraso y el subdesarrollo.

En un periplo en donde destacan los nombres de André Gunder Frank, Theotônio dos Santos y Vânia Bambirra, la formulación más acabada se produce en 1972. En ese año Ruy Mauro Marini presenta –en el Centro de Estudios Socio-Económicos (CESO) de la Escuela de Economía de la Universidad de Chile– avances de su trabajo, publicado al año siguiente bajo el título *Dialéctica de la dependencia* (Marini, 1973). Allí se establece que la particularidad del capitalismo dependiente reposa en una reproducción del capital sustentada en la explotación redoblada (Marini la llama superexplotación), un proceso estructural de violación del valor de la fuerza de trabajo que permite mantener y reproducir las transferencias de valor hacia los capitales del mundo central, así como compensar dichas transferencias al capital local.

El vínculo entre lo externo y lo interno, que dividió aguas en los periodos previos, terminaba por encontrar una vía de solución. El subdesarrollo y la dependencia

¹⁷ Ya que a los trabajadores ocupados se les exige mayor intensidad (más trabajo) sin reducciones sustantivas de la jornada laboral, proceso que abriría “tiempo” para la contratación de otros trabajadores.

¹⁸ Noción formulada por André Gunder Frank y que sintetiza el dilema del capitalismo dependiente (1970).

constituyen procesos cuya responsabilidad no recae únicamente en el comercio internacional o en el capital extranjero o en el imperialismo, aunque no son ajenos, ni mucho menos, sino también, y en primer lugar, en las clases dominantes locales, las que juegan un papel de primera importancia en reproducir aquellos procesos, ya que sobre tales bases, aunque sea en condiciones de subordinación, logran a su vez su reproducción en tanto capital y dominio.

Todo esto tiene como soporte la constitución de economías que han hecho de los mercados exteriores su campo fundamental de realización, con breves paréntesis mirando hacia el interior, como en la etapa industrial, lo que permite crear una estructura productiva que se separa de las necesidades de la población trabajadora, marginándola del mercado, ya que para este capitalismo cumplen un papel central en tanto productores, mas no como consumidores, a lo sumo con alguna relevancia en este último sentido para sectores no dinámicos del capital dependiente.

Dentro de la producción gestada en el campo de las ciencias sociales latinoamericanas, pocos libros lograron la atención despertada por *Dialéctica de la dependencia (Dd)*. Sólo textos previos de André Gunder Frank tuvieron iguales resultados. Tras su publicación el libro de Marini concentró la crítica. Esta situación es comprensible ya que las formulaciones de Marini no ofrecen concesiones. Sostiene que el capitalismo es el problema, al generar en su despliegue dependencia y subdesarrollo, por lo que no hay solución a la dependencia inscrita en sus fronteras. En una situación de esta naturaleza el dilema que pone enfrente es dependencia o revolución.

El subdesarrollo ya no es resultado de una falta de madurez capitalista, sino, por el contrario, resultado genuino del despliegue del capitalismo en condiciones dependientes. El atraso no es la expresión de economías estancadas o que no crecen, sino la consecuencia inevitable del crecimiento y la expansión capitalista.

Todo el proceso de reproducción del capital se ve reorganizado y presenta rasgos particulares como resultado de sustentarse en la explotación redoblada. Poblaciones asalariadas que no alcanzan a percibir montos suficientes para una reproducción normal, propiciando desnutrición, depredación temprana, enfermedades, hambre y pobreza; prolongadas jornadas de trabajo, acicateadas por la voracidad del capital y por las propias condiciones de salarios insuficientes, que alientan las horas extras como forma de incrementar el salario.

Débil participación de los trabajadores en el mercado interno; persistencia en la historia económica regional de patrones exportadores, que ponen de manifiesto el quiebre del ciclo del capital, entre una producción local y una realización predominante en los mercados exteriores; economías en donde el aguijón productivista que caracteriza al capitalismo en general se ve mermado, al poder mantener ganancias el

capital por la apropiación de parte del fondo de consumo de los trabajadores.

Débiles procesos de acumulación, ante la descapitalización propiciada por la transferencia de valor al exterior y la escasa competencia entre los capitales locales debido a tempranos procesos de monopolización; enorme peso de capitales extranjeros en las inversiones que aceleran dicha monopolización, atraídos por las elevadas ganancias extraordinarias que alcanzan y la plusvalía obtenida en condiciones de la explotación redoblada reinante.

Agudización de la desigualdad social: mucha riqueza concentrada en pocas manos y una enorme miseria y pobreza imperante en el grueso de la población.

XIV

La formulación de Marini, al develar que es la propia dinámica del capitalismo dependiente la que genera atraso y subdesarrollo, terminó por ofrecer los fundamentos que explican las pulsiones rupturistas que atraviesan a la región y que la constituyen en eslabón débil de la cadena imperialista.

Es la explotación redoblada la contradictoria relación social local que internaliza las contradicciones sistémicas. De esta forma terminó por vincular de manera consistente lo que en la historia previa aparecía separado o bien integrado, pero con argumentaciones débiles.¹⁹ Desde la publicación de *Dd*, dependencia (subdesarrollo) y actualidad de la revolución no son más que las expresiones de una unidad, en donde la dependencia es la cara económica de lo político, y la actualidad de la revolución la cara política de lo económico, en el particular modo de ser de la región.

Las responsabilidades de las clases dominantes locales en el proceso de subdesarrollo y dependencia ayudaron a su vez a identificar las dimensiones del conflicto social y político a enfrentar.

XV

Luego de la publicación de *Dd* se produjo un nuevo reordenamiento teórico y político. Primero, porque asumirse como dependientista comenzó a significar un asunto mucho

¹⁹ Asunto claramente visible en las argumentaciones de Gunder Frank, pero también en Dos Santos y en menor medida en Bambirra. *Dd* integra además capitalismo (dependiente) y revolución (proletaria, en cuanto a sus objetivos), lo que también se hacía presente en los críticos al marxismo ortodoxo, pero sin fundamentos teóricos consistentes. En las organizaciones comunistas aparecía el vínculo de lo económico y lo político, pero en términos de precapitalismo (feudalismo) y revolución burguesa, como hemos visto.

más complejo que lo que esta denominación indicaba con anterioridad. Por ello no fue extraño que muchos autores que en medio de fronteras imprecisas se adscribían a esta escuela, tuvieron que clarificar sus posiciones a fin de deslindarse. Fernando Henrique Cardoso constituye sin duda el caso más significativo, escribiendo junto con José Serra un verdadero manifiesto anti *Dd* (Cardoso, 1978).²⁰

Pero también las posturas neodesarrollistas (en donde terminó ubicándose Cardoso), los nuevos cepalinos, corrientes trotskistas y maoístas y reformistas del más variado espectro, y las fuerzas políticas que se desenvuelven en ese horizonte, sintieron el golpe y reaccionaron. El desafío no sólo era político. Implicaba también la elaboración de una propuesta teórica a la altura en que *Dd* había ubicado el debate. Frente a las dificultades de tal tarea, las críticas por lo general tendieron a asumir un tono formalista (*Dd* violenta el marxismo y su método; es un análisis circulacionista, entre otros) o bien, la mayoría, se abocaron a la crítica parcializada de algún tema, e incluso a tomar párrafos o frases aisladas para rechazar la totalidad de la formulación planteada.

La propia Revolución Cubana obligó a los partidos comunistas a revisar sus tesis, abriéndose cada vez más a los postulados de la escuela marxista de la dependencia. El libro *El desarrollo del capitalismo en América Latina* del intelectual comunista ecuatoriano Agustín Cueva (1977), acérrimo antidependentista en épocas previas, es una buena muestra de lo anterior. Allí el feudalismo sólo es significativo en la región hasta las tres primeras cuartas partes del siglo XIX.

Señala Cueva que “(...) en estricto rigor (en América Latina) no es, en el siglo XX (...) la transformación del feudalismo en capitalismo, puesto que este proceso, en sus líneas más generales, se ha operado ya durante la fase oligárquica” (*Ibid.*: 148), y no tiene empachos en hablar de “sobreexplotación”, la categoría central en el planteamiento de Marini, o de vía “oligárquico-dependiente” de acumulación.

XVI

Señalemos dos aportes epistémicos de *Dd*, por su pertinencia para el quehacer de las ciencias sociales en general:

a) Su perspectiva de totalidad

Al asumir como objetivo dar cuenta de las características que presenta la reproducción del capital en una economía dependiente, en el seno de su vinculación con los movimientos y procesos de la economía mundial capitalista, *Dd* debe romper con

²⁰ La respuesta de Marini (1978).

los enfoques adscritos a aspectos parciales, en este caso de la economía, y debe analizar el conjunto de dicho proceso de reproducción, que necesariamente integra procesos que operan en la circulación y también en la producción y en lo local y en la inserción internacional de la región. Y esa mirada de conjunto tiene como objetivo alcanzar el sentido del proceso del capital que integra esos momentos, la unidad que constituyen, en tanto particular forma de reproducción del capital en el capitalismo dependiente. *Dd* debe entonces buscar una explicación *del todo*,²¹ *la unidad activa subyacente en las fragmentaciones que lo fenoménico presenta*. En definitiva *Dd* se inscribe como un análisis desde la totalidad (Osorio, 2012).

b) La unidad de lo económico y lo político

Siendo un análisis que de acuerdo a las fragmentaciones disciplinarias que predominan en la academia se ubica en la economía, *Dd* es de manera simultánea un análisis político. Su formulación de las características de la reproducción del capital en el capitalismo dependiente sustentada en la explotación redoblada es de inmediato un develamiento de las condiciones que determinan el modo posible de constitución de la vida en común, de las relaciones entre los agrupamientos humanos clasistas que en el seno de aquella reproducción se conforman, de sus contradicciones y conflictos.

Es desde esta unidad y desde la totalidad antes referida, por otra parte, que el problema de las tensiones rupturistas y de los procesos revolucionarios presentes en la región dejan de ser un asunto que se ciñe y atañe a procesos inscritos en formaciones sociales aisladas, a fragmentos, para ser tendencias que recorren a la región, las que toman forma en tiempos y espacios sociales particulares que deben ser explicados.

XVII

Cabe preguntarse por las razones que explican por qué los debates sobre el carácter de América Latina han quedado relegados, cuando no simplemente borrados de las actuales discusiones. Ello no implica sin embargo que el problema no se encuentre presente. Cualquier diagnóstico realizado por organismos internacionales o académicos, sea sobre el conjunto de la región, subregiones o economías específicas, lleva implícito supuestos sobre el carácter regional, lo que se hace presente en las categorías empleadas o en un trasfondo más oculto que es necesario develar.

²¹ “Conocer el todo” implica descifrar la actividad unificante que otorga sentido a elementos y procesos que aparecen inicialmente dispersos y fragmentados. Por ello es algo muy distinto a “conocer todo”, la completud de relaciones, procesos y “cosas”. Como bien señala Pérez Soto: “para saber un bosque no es necesario saber todos y cada uno de sus árboles” (2008:179).

Los supuestos de América Latina como una región inscrita en etapas que la llevarán al desarrollo están presentes, con mayor o menor fuerza, cuando se habla de “economías *en* desarrollo”, “patrones *de* desarrollo”, “economías atrasadas”, “economías *en vías* de desarrollo”, “economías inmaduras”, etcétera. En todos estos casos la imagen apunta a que se camina hacia una meta, el desarrollo (de los desarrollados), y que para ello hay que remover obstáculos, potenciar fuerzas y/o retomar rutas correctas. También opera la idea de falta de madurez, de un espacio que no se ha cubierto, pero que es posible lograr con algunas readecuaciones y algunos cambios que permitan acelerar la marcha.

Es tal la fuerza alcanzada por estas formulaciones y sus supuestos en los organismos internacionales y en la academia, que ni siquiera se discuten en la academia, que sería lo adecuado y pertinente. No hay debate, porque se suprimió –no se solucionó– el problema, dando por sentado que los explícitos o implícitos anteriores son los pertinentes.

Si se formula alguna observación crítica, de inmediato se recurre a algún ejemplo de crecimiento espectacular en el Sudeste asiático en las últimas décadas para zanjar la discusión. Si el desarrollo no es más que la cara del subdesarrollo, cabría preguntar cuánta dependencia y cuánto atraso se ha generado en algunas otras regiones del mundo para que Corea del Sur, por ejemplo, sea hoy lo que es.

Los grandes empréstitos-donaciones de Estados Unidos y de Japón a Seúl desde los años cincuenta del siglo pasado, que se constituyeron en sostén de aquella economía, bajo condiciones de Guerra Fría muy caliente, pasaron su cuenta en alguna caja registradora como mayor dependencia y atraso en otras economías y regiones. Esos recursos no salieron de los bolsillos de los contribuyentes de Estados Unidos ni de Japón, ni tampoco de las ganancias de sus empresas locales o transnacionales.²² Lo anterior no significa desconocer el Estado fuerte, y la disciplina política establecida sobre el conjunto de la sociedad, incluidos los empresarios, que junto a la “ayuda” antes mencionada permitió alcanzar los logros actuales.

²² En la consideración de los casos del Sudeste asiático como modelos de salida del subdesarrollo, generalmente se destacan el papel del Estado, el proteccionismo y la capacidad de innovación tecnológica, y se pone poca atención a factores de la economía internacional que operaron de manera significativa en tal dirección. Se olvida, por ejemplo, que “la industrialización sustentada en las exportaciones [en esa región (el agregado es nuestro)] no habría tenido éxito sin los siguientes (...) factores: (...) las modificaciones en la división internacional del trabajo, propiciadas por el traslado de líneas de producción a países con escaso desarrollo (...)”; “el inicio de las estrategias exportadoras coincidió con un periodo de rápida expansión del comercio internacional y con el aumento del precio de los productos manufacturados”; “el variado apoyo que estos países recibieron por su papel geopolítico en el enfrentamiento Este-Oeste”, y “el liderazgo y el efecto dinamizador que ejerció Japón sobre sus antiguas colonias” (Giacomán, 1988:281, las cursivas son nuestras).

El mismo supuesto se encuentra presente en la fe a toda prueba que ciertas corrientes manifiestan sobre la innovación tecnológica y científica, señalando que el problema del subdesarrollo latinoamericano se resuelve con incrementos al PIB en la materia, *convirtiendo en solución el punto en donde recién se inician los problemas*. Porque cabría preguntarse: ¿Por qué con una solución tan a la mano la clase política y los empresarios de la región no dan pasos en tal dirección? No debe ser por su condición de iletrados (aunque algunos sí lo sean).

¿Por qué en dos siglos de independencia, los sectores dominantes no han resuelto algo que parece tan sencillo? Quizá el problema no es sólo de voluntad, sino de procesos estructurales que ponen de manifiesto la inoperancia de un tal esfuerzo económico y político, cuando esos adelantos tecnológicos y científicos hoy día se pueden adquirir en el mercado mundial o bien forman parte de los paquetes de inversión del capital extranjero en la región.

Generar condiciones para crear núcleos de innovación tecnológica y científica requiere de mucho capital, que hay que restar a la acumulación inmediata, a la ganancia inmediata, al consumo suntuario inmediato, además de un Estado fuerte capaz de conjuntar voluntades en esa dirección, y mucha disciplina, como hemos comentado para el caso de Corea del Sur. ¿Dónde están los empresarios dispuestos a tal esfuerzo y disciplina en América Latina? ¿Dónde la clase política? ¿Para qué tantos esfuerzos si es factible adquirirlos en el exterior y cargar las ganancias a la explotación redoblada?

El desarrollo científico y tecnológico que permita a la región salir de su dependencia no es ahora fundamentalmente un asunto de presupuesto, sino un asunto político: la constitución de un nuevo Estado, de nuevas relaciones sociales, de la emergencia de nuevos sujetos que estén a la altura del tamaño de dicha tarea. Todo eso, en la lógica del capital imperante en el mundo dependiente no se hace presente, porque esa misma lógica impide su emergencia.

Se señalará, sin embargo, que en las actuales condiciones es posible incluso alcanzar la “sociedad del conocimiento”. Se tomará cualquier acotado dato de innovación en la región y se lo proyectará sin más como paradigma del esperado desarrollo. Se regresará nuevamente a los grandes volúmenes en donde se repite, sin un mínimo espíritu crítico, las bondades y cualidades de los grandes modelos de desarrollo. Al fin que el diagnóstico ya está hecho: no somos desarrollados porque no se ha realizado lo que los desarrollados han llevado a cabo, en particular en investigación e innovación tecnológica.

No es fácil presentar casos históricos (y llevamos a lo menos cinco siglos de capitalismo y dos y medio desde la Revolución Industrial) en donde se pueda confirmar cualquier teoría del desarrollo que postule que alguna economía, *sin vínculos directos o indirectos*

con otras para apropiarse de valor, haya alcanzado el llamado desarrollo como resultado de su *solitario esfuerzo interno*.²³ Y lo contrario sí se puede confirmar: los llamados países desarrollados lo han hecho contando con el sustancial aporte de colonias y/o de economías y regiones a las cuales han exproliado, o de la creación de mecanismos para reapropiarse de lo expropiado por otros.²⁴ Pero la fuerza del discurso no pasa por su capacidad de prueba, sino de imponer verdades.

No es que hayan emergido, entonces, nuevas teorías que expliquen mejor lo que acontece en América Latina, por lo que se han relegado las discusiones sobre el subdesarrollo y la dependencia. El problema se ubica en otra parte y tiene relación con el proceso contrarrevolucionario abierto en América Latina desde los años sesenta y setenta del siglo xx, proceso que bajo otras formas incluyó también al mundo desarrollado, con el neoliberalismo dominante y las políticas del Consenso de Washington orientando al mundo –proceso que alcanzó a la academia en general y a la regional en particular– y que –en lo que no es ajeno el fracaso del llamado socialismo– convirtió en sentido común para un cierto pensamiento crítico, simplemente oponerse a las barbaridades llevadas a cabo por el capital en todos los rincones de la vida social, pero con un lenguaje que no rompe en lo fundamental con sus interpretaciones, y sin enfrentar teórica y conceptualmente sus procesos.

Bibliografía

- ÁVALOS, Gerardo (2009), *La corrosiva plaga de la crítica*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, mimeo.
- BADIOU, Alain (2010), *Segundo manifiesto por la filosofía*, Buenos Aires, Manantial.
- BAGÚ, Sergio (1992), *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina*, México, Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- BAMBIRRA, Vânia (1974), *La Revolución Cubana. Una reinterpretación*, México, Editorial Nuestro Tiempo.

²³ En el caso de Corea del Sur que hemos comentado, la cuantiosa ayuda-donación aportada por Estados Unidos y Japón demuestra que no fue sólo el esfuerzo interno el que allí operó.

²⁴ Osvaldo Sunkel y Pedro Paz señalaron: “es sabido que, con la formación de los modernos imperios mercantiles a partir del siglo xvi y el consiguiente *auge del comercio colonial*, en ciertas regiones de Europa se *estuvo operando un importante proceso de acumulación de capitales*”, por lo que ni siquiera la Revolución Industrial es “un proceso que pueda explicarse y comprenderse (...) en términos de países aislados, como Inglaterra o de regiones aisladas, como Europa noroccidental. En realidad, se desenvuelve dentro de un *sistema económico y político mundial que vincula aquellos países y regiones entre sí y con sus respectivas áreas coloniales y países dependientes*”, que contribuyeron a la Revolución Industrial “a través de la generación y extracción de un excedente (...) y el aprovechamiento de los *recursos naturales y humanos* de las áreas periféricas” (1970:43-45, las cursivas son nuestras).

- CARDOSO, Fernando H. (1978), "Las desventuras de la dialéctica de la dependencia", en *Revista Mexicana de Sociología*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, núm. extraordinario.
- CUEVA, Agustín (1977), *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI.
- FAJNZYLBER, Fernando (1989), *Industrialización en América Latina: de la "caja negra" al "casillero vacío"*, Santiago, Cuadernos de la CEPAL, núm. 60.
- FELJOO, María Cecilia (2010), "Marx, el jacobinismo negro y la experiencia subalterna de la modernidad. El caso de la revolución anti-esclavista de Saint-Domingue", [En línea]. *Herramienta Web 6*, Buenos Aires, septiembre. Dirección URL: <<http://www.herramienta.com.ar/herramienta-web-6/marx-el-jacobinismo-negro-y-la-experiencia-subalterna-de-la-modernidad-el-caso-de->>, [consulta: 11 de septiembre de 2010].
- FRANK, André Gunder (1970), *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI.
- GIACOMÁN, Ernesto Marcos (1988), "Las exportaciones como factor de arrastre del desarrollo industrial. La experiencia del Sudeste de Asia y sus enseñanzas para México", en *Comercio Exterior*, México, vol. 38, núm. 4, abril.
- GILLY, Adolfo (2007), *La revolución interrumpida*, México, Era, segunda edición, edición original 1971, primera reimpresión 2008.
- GONZÁLEZ CALLEJAS, José Luis (2011), "La forma democrática de la disolución estatal mexicana", en Jaime OSORIO (coordinador), *Violencia y crisis del Estado. Estudios sobre México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, Departamento de Relaciones Sociales.
- GRÜNER, Eduardo (2007), "El 'lado oscuro' de la modernidad. Apuntes (latinoamericanos) para ensayar en clave crítica", en *Confines*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, núm. 23, diciembre.
- HARDT, Michel y Antonio NEGRI (2002), *Imperio*, Buenos Aires, Paidós.
- HODARA, Joseph (1987), *Prebisch y la CEPAL*, México, El Colegio de México.
- HUNTINGTON, Samuel P. (2000), *La tercera ola de la democratización*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- MARINI, Ruy Mauro (1973), *Dialéctica de la dependencia*, México, Era.
- MARINI, Ruy Marini (1978), "Las razones del neodesarrollismo (o por qué me ufano de mi burguesía)", en *Revista Mexicana de Sociología*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, núm. extraordinario.
- MARX, Carlos (1973), *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, tomo I, séptima reimpresión.
- OSORIO, Jaime (2011) (coordinador), *Violencia y crisis del Estado. Estudios sobre México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, Departamento de Relaciones Sociales.
- OSORIO, Jaime (2012), *Estado, biopoder, exclusión. Análisis desde la lógica del capital*, Barcelona, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

- PÉREZ SOTO, Carlos (2008), *Desde Hegel. Para una crítica radical de las ciencias sociales*, México, Itaca.
- PINEDA GÓMEZ, Francisco (2013), *Ejército Libertador 1915*, México, Era/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- RIST, Gilbert (2002), *El desarrollo: historia de una creencia occidental*, Madrid, Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación/Universidad Complutense de Madrid/La Catarata.
- ROSTOW, Walt W. (1961), *Las etapas del crecimiento*, México, Fondo de Cultura Económica.
- SUNKEL, Osvaldo y Pedro PAZ (1970), *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, México, Siglo XXI.
- VALENZUELA FELJÓO, José (selección y prólogo) (1991), *Aníbal Pinto. América Latina: una visión estructuralista*, México, Facultad de Economía, UNAM.
- ŽIŽEK, Slavoj (2011), *Primero como tragedia, después como farsa*, Madrid, Akal.

Recibido: 28 de agosto de 2013
Aprobado: 23 de enero de 2014